

ger, aborrecer, infamar, apresurar, economizar, espantar, guardar, proporcionar, ganar), y lo propio sucede con muchos nombres que designan los colores: *blanc, bleu, blond, brun, gris, hâve* (1) (blanco, azul, rubio, pardo, gris, pálido). Si en la práctica de la vida diaria muchas palabras germánicas suplantaron a varios vocablos latinos, ¿cómo no reconocer que el elemento germánico tuvo su parte en la formación del nuevo estado social que entonces se elaboraba?

#### V.—Las artes (2)

Los galo-romanos, para defenderse contra los invasores, habían destruido en parte, desde el siglo III, los monumentos antiguos, templos, termas, teatros, que desde la conquista romana se habían multiplicado en su territorio. Algunas tradiciones del arte antiguo subsistían, sin embargo, bien que deformándose. Los germanos construían sus edificios de madera y tenían un estilo decorativo particular, perfectamente conocido hoy en día gracias a las excavaciones practicadas en muchas necrópolis bárbaras, sobre todo en Charnay y en Gourdón, en Borgoña, en Pouán, en el Aube, y en Caranda, en el Aisne. Por otra parte, las colonias judías y sirias, tan numerosas en la Galia en el siglo VI, introducían en ciertos puntos el arte griego-oriental.

El arte merovingio se formó con estos elementos extranjeros, mezclados con el elemento local ó étnico.

La arquitectura civil continúa estando representada, como en la época precedente, por la *villa*. Los escritores contemporáneos señalan en todas partes, en unas más y en otras menos, la existencia de suntuosos palacios (*aulæ*) con pórticos, salas de baño, parques, estanques y cascadas. El obispo Nizier de Tréveris posee uno de estos palacios situado en lo alto de una roca que domina el Mosela; con su altura de tres pisos, las columnas de mármol que lo sostienen, y su sala de armas y su capilla consagrada a los santos en su torre, parece un esbozo primitivo de un castillo feudal.

La arquitectura merovingia es, empero, principalmente religiosa. Las iglesias de los siglos IV y V, construidas precipitadamente y con frecuencia incendiadas, ó estaban en ruinas ó no eran suficientes para contener

(1) Todos estos ejemplos los tomo de Gastón París, *La littérature française au Moyen Age*, págs. 22 y siguientes. Hatzfeld y Damsteter, *Dictionnaire general de la langue française*, tomo I, págs. 14-16.

(2) FUENTES.—Obras de Gregorio de Tours y de Fortunato en los *Monumenta Germanie historica*, serie en 4.ª Indicación de los textos principales en J. von Schlosser, *Quellenbuch zur Kunstgeschichte des abendländischen Mittelalters*, 1896.

OBRAS DE CONSULTA.—Enlart, *Manuel d'archéologie française*, tomo I, 1902. Courajod, *Leçons professées à l'École du Louvre*, tomo I, 1899. Marignan, *Louis Courajod*, tomo I, 1899. Brutails, *L'archéologie du Moyen Age*, 1900. Marignan, *Etudes sur la civilisation française*, tomo II; *Le culte des saints sous les Mérovingiens*, 1899. Lindenschmidt, *Die Alterthümer der merovingischen Zeit*, 1880. F. Moreau, *Album Caranda*, 1881-1888. Clemen, *Mérovingische und Karolingische Plastik*, 1892. Quicherat, *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, tomo II. R. de Lasteyrie, *L'église Saint-Martin de Tours*, «Memoires de l'Académie des Inscriptions», 1892. S. Reinach, «Antiquités nationales:» *Description raisonnée du Musée de Saint-Germain-en-Laye*, 1889. Emilio Moliner, *Histoire générale des Arts appliqués à l'industrie*, tomo IV, *L'orfèvrerie*. Barriere Flavy, *Les arts industriels des peuples barbares de la Gaule*, 1901.

la masa de fieles; de aquí que en todas partes se construyeran otras nuevas ó se restauraran las antiguas, bajo la dirección de los reyes y de los obispos, verificándose con gran solemnidad la inauguración de las mismas, a la que asistían entonando himnos el clero y el pueblo. Childerico y Gontrán, entre los reyes, y Gregorio de Tours y Leoncio de Burdeos, entre los obispos, fueron grandes constructores.

Las basílicas más famosas eran la de San Martín de Tours, reconstruida en 470 por el obispo Perpetuo en el sitio antes ocupado por una modesta capilla; la de Clermont, edificada por el obispo Namacio y cuyas obras duraron doce años; la de Nantes, construida por el obispo Félix; la de San Germán de los Prados, de París, debida a los diligentes cuidados de Childeberto; y la del obispo Paciente en Lyon, de fecha anterior, que Sidonio Apolinario nos describe en una de sus poesías, diciendo que «desde su alta fachada contempla la salida del sol,» que el Saona corre a sus pies y que «el coro de marineros inclinados sobre el remo dirige al Cristo cadenciosos cantos a los cuales responde desde la orilla el aleluya.»

Ninguno de estos monumentos ha sobrevivido y los únicos vestigios importantes que se pueden considerar como procedentes de aquella época son el baptisterio de San Juan de Poitiers y algunas partes de la cripta de San Pablo de Jouarre y de la de San Lorenzo de Grenoble; de aquí que para formarse una idea de las iglesias merovingias sea preciso recurrir a los textos de los escritores que las vieron ó a las basílicas de la misma época que, a pesar de algunas alteraciones posteriores, han subsistido en Italia. Estas basílicas conservan el mismo plano de las iglesias anteriores, el *atrium*, el *narthex*, las tres naves: una nave transversal, el crucero, corta perpendicularmente estas tres naves y da al conjunto de la construcción la forma de una cruz; en la intersección se alza una torre coronada por un pabellón de madera (*turritus apex, arx*), generalmente considerada como una añadidura bárbara al tipo de la basílica latina, que en los siglos VI y VII sirve de linterna y en la cual más adelante se colocarán las campanas. Las más de las veces la iglesia se levanta sobre la tumba de un santo, cuyo cuerpo se deposita debajo del altar mayor, en la cripta, que es un subterráneo ó una construcción abovedada, en donde pueden entrar los fieles (3).

Las hermosas iglesias merovingias, de dimensiones bastante reducidas, estaban construidas con piedras pequeñas, mamposteadas é intercaladas de hiladas de ladrillos; el techo era de madera y el tejado de metal. Pero bajo la influencia bárbara, las construcciones de madera, antes desconocidas, acabaron por ser frecuentes, sobre todo en el Norte y en el Centro, mencionándose algunas de ellas en Thiers, Brive, Reims y Tours.

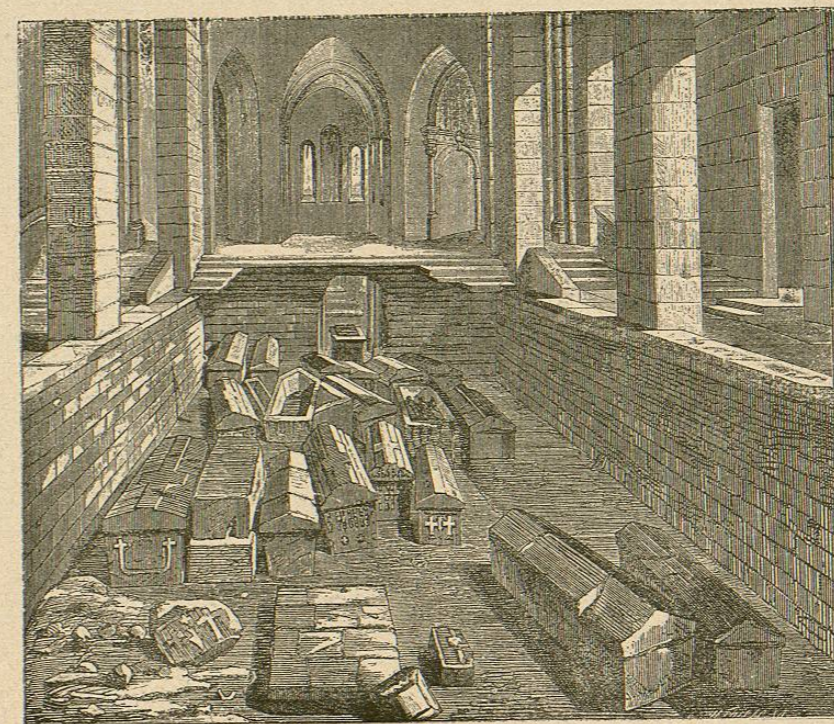
La idea que tendríamos de todas estas basílicas sería incompleta si no nos las representáramos con su decorado interior: las naves estaban separadas unas de otras por columnas terminadas en capiteles y que a veces sostenían tribunas; las paredes aparecían cubiertas de oro y de colgaduras de seda, y los huecos de las venta-

(3) En Fortunato y en Gregorio de Tours encontramos también empleada la palabra oratorio (*oratorium*) aplicada a las iglesias de pequeñas dimensiones así de la ciudad como del campo, éstas especialmente.

nas ostentaban vidrieras en las cuales la mano de un hábil artista había «aprisionado la luz.» También había pavimentos de mosaico de los que tal vez existe una muestra en Thiers. Los escritores de la época admiran sin reserva todos estos esplendores que les recordaban el templo de Salomón. Pero esta ornamentación tan ensalzada era prestada en gran parte: aquellas columnas de mármol procedían en muchos casos de templos antiguos saqueados, aquellos capiteles habían sido deformados por las exigencias de la construcción y aquellas telas de seda habían sido traídas de Oriente; en reali-

romanos, y en los siglos VI y VII la del Sudoeste; comparadas una con otra, se observa perfectamente la creciente barbarie. Los sarcófagos del Sudoeste conservan todavía, por ciertos motivos, algo de las tradiciones clásicas; pero difieren de ellas por la elección de asuntos, por la preponderancia de la decoración vegetal y sobre todo por la inexperiencia del cincel.

En cuanto a la pintura, de la que nada ha llegado hasta nosotros, servía para describir las escenas de la vida del Salvador ó del santo a quien estaba consagrada la iglesia. En las paredes de la basílica de Tours se



Cripta de la antigua iglesia de Santa Genoveva de París con sarcófagos de piedra merovingios

dad, las artes decorativas se encuentran entonces en un estado de profunda decadencia.

La escultura sobre todo presenta un aspecto miserable: en ella vemos temas decorativos tomados del arte bárbaro (líneas cortadas, zizás, espirales, entrelazados), del arte oriental (margarita, estrella de seis puntas, trenza, hélice, flor de lis, as de *pique*, palma), ó del arte cristiano primitivo (pescado, áncora, cruz); pero la ejecución es de una torpeza salvaje; las figuras apenas están debastadas y las plantas y los animales halláanse representados conforme a tipos tan convencionales que a veces se hace difícil reconocerlos.

De ello puede juzgarse por los sarcófagos. Gregorio de Tours menciona algunos de Clermont y de Dijón, «mármoles de Paros maravillosamente esculpidos que representan los milagros de Cristo y de los Apóstoles;» y era tan grande en su tiempo el número de estas sepulturas que pensó por un momento escribir la historia de las mismas. De estos sarcófagos unos habían sido traídos de regiones lejanas, de Italia, siguiendo una costumbre que subsistirá hasta muy avanzada la Edad media; pero otros eran de fabricación reciente. Dos escuelas trabajaron entonces en la Galia: en los siglos IV y V la de Arlés, que procede de modelos italianos ó

veía a San Martín curando a los leprosos, partiendo su capa, dando su túnica, resucitando a los muertos, cortando un pino, derribando ídolos y descubriendo un falso mártir. Gregorio de Tours refiere que la esposa de Namacio, obispo de Clermont, después de haber hecho construir fuera de la ciudad una basílica, mandó que en las paredes se pintaran hechos tomados de la vida de los santos: «Tenía en sus rodillas un libro, dice, y leía en él las historias de los pasados tiempos, indicando luego a los pintores lo que habían de representar en la pared.» Los poetas componían inscripciones a fin de explicar estas historias al pueblo; de ellas han llegado hasta nosotros las de Fortunato relativas a San Martín de Tours.

Durante la época merovingia los cadáveres eran enterrados con su traje, sus armas, sus joyas, brazaletes, collares, broches, sortijas y pendientes. Entre estos objetos funerarios hay dos especialmente que atestiguan una preocupación artística y son la fibula, hebilla ó broche, y el broche ó placa de cinturón; en una y en otro la ornamentación es variada y consiste en temas geométricos ó florales, en caballos, serpientes, animales fantásticos como el grifo, aves con un ojo muy grande y un pico encorvado, y a veces en cabezas humanas.



También encontramos temas ornamentales cristianos, como la cruz y el pez, y en una serie de placas descubiertas en la región burgundia vemos representado á Daniel entre dos leones; pero la ejecución de estos adornos es en extremo bárbara. Las iglesias poseían cálices, vasos sagrados, relicarios, coronas votivas y coberturas de evangeliarios, ofreciendo muchos de estos objetos muestras de la vidriería alveolada (*opus inclusorium*), que consiste en engastar pedacitos de cristal ó granates en alvéolos de oro, en los cuales se aplasta luego el metal ligeramente. También se practica el arte del esmalte: unas veces el artista forma en un fondo de oro y por medio de laminillas de este mismo metal unos alvéolos en los que vierte polvos de esmalte de diversos colores que el fuego solidifica; en otros casos talla el metal con el buril trazando en él, en hueco, el contorno de los objetos que quiere representar, y llenándolo de esmalte y someténdolo, como en el otro procedimiento, á la cocción. Estos últimos son los esmaltes rebajados, es decir, aquellos en los cuales el fondo y el campo han sido tallados.

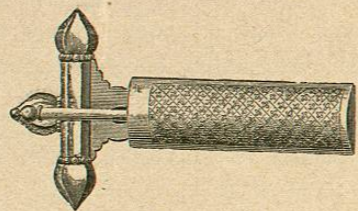
Este arte, hecho para deslumbrar, era muy apreciado por los reyes merovingios. Gregorio de Tours refiere que Chilperico, mostrándole un plato de oro de 50 libras, le dijo: «Lo he mandado hacer para dar esplendor al pueblo de los francos, y si Dios me da vida, haré muchos más.» En París, los joyeros tenían sus tiendas en la plaza, delante de la catedral. El más célebre de ellos fué San Eloy (1): nacido cerca de Limoges en 588, fué discípulo de Abbón, joyero lemosín, entró en

(1) Véase la *Vita sancti Eligii*, atribuida á San Ouen, y C. de Linas, *Les Oeuvres de Saint-Eloi et la verrerie cloisonnée*, 1864; artículos de Bapst en la «Revue archéologique», tercera serie, to-

el servicio de Clotario II y después en el de Dagoberto, trabajó en las tumbas de San Germán, Santa Genoveva, San Dionisio y San Martín, fué obispo de Noyón y murió hacia el año 665. Es imposible emitir juicio sobre la veintena de piezas que la tradición le atribuye y entre las cuales figuran el sillón de bronce dorado llamado de Dagoberto, que se conserva en la Biblioteca nacional, el cáliz de Chelles, la cruz y la copa de jade de San Dionisio, pues, según parece, en la Edad media se designaron con el nombre de «obras de San Eloy» todas las obras bellas de orfebrería antigua. Pero lo que sí está fuera de duda es que la orfebrería merovingia no constituye un arte nuevo ni aislado, sino que se relaciona con la orfebrería bárbara cuyos procedimientos continúa, habiéndose encontrado acá y allá, fuera de la Galia, objetos semejantes á los por ella producidos; muchos de los temas por la misma empleados son de origen asiático y sobre todo persa, y fueron traídos por los bárbaros en el curso de sus largas emigraciones.

En resumen, todo se descompone en la época merovingia, mírese ésta desde el punto de vista que se quiera: la civilización antigua se ha derrumbado; pero sobre sus ruinas no se ve todavía elevarse una civilización nueva. La Iglesia, cuya acción había parecido en un principio tan poderosa, se desorganiza en el siglo VIII al par de la sociedad que la rodea; las sombras de la noche oscurecen cada vez más las inteligencias á medida que las instituciones políticas se debilitan y que se desencadena la violencia.

mos VII y VIII, 1886; Em. Molinier, *Histoire des Arts appliqués à l'industrie*, tomo IV, págs. 18 y siguientes, con abundantes notas bibliográficas.



Broche de oro, procedente de la tumba de Chilperico I

## LIBRO TERCERO

### LOS CARLOVINGIOS (1)

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### CARLOS MARTEL Y PIPINO «EL BREVE» (2)

I. Guerras y conquistas de Carlos Martel.—II. Conversión de la Germania. San Bonifacio.—III. Reorganización y reforma de la Iglesia.—IV. Advenimiento de los Carolingios. Reinado de Pipino el Breve.

##### I.—Guerras y conquistas de Carlos Martel

A la muerte de Pipino II viéronse comprometidos nuevamente el orden de cosas por él establecido y la fortuna de su familia. Sus nietos y sucesores, Teodebaldo, Arnul y Hugo, eran unos niños todavía (3), y su viuda Plectrudis gobernó en nombre de ellos á los neustrios y á los austrasios; pero la Neustria, que tenía por mayordomo del palacio á Teodebaldo y que no había renunciado á la reconquista de su independencia, se sublevó en 715. Los partidarios de Teodebaldo fueron derrotados en la selva de Cuisse, y desde entonces ya no se habla más del joven mayordomo del palacio, á quien los neustrios reemplazaron con uno de los suyos, Raganfredo, invadiendo entonces la Austrasia y aliándose con Radbod, duque de los frisones. Este ocupó la parte de Frisia que pertenecía á los francos,

(1) BIBLIOGRAFÍA.—FUENTES.—Los *anales, biografías, crónicas é historias* se encuentran en los *Monumenta Germanie historica* (serie en fóleo, *Scriptores*, tomos I y II) y en los *Scriptores rerum germanicarum in usum scholarum*; las *cartas y poesías* en los *Monumenta Germanie historica* (serie en 4.º). Los textos legislativos han sido coleccionados por Boretius y Krause, *Capitularia regum Francorum*. Respecto de la diplomática, véase Sickel, *Acta regum et imperatorum Karolinorum*, 1867; respecto de la cronología, Böhmér-Mühlbacher, *Die Regesten des Kaiserreichs unter der Karolingern*, segunda edición, 1899.

OBRAS DE CONSULTA.—Warnkönig y Gerard, *Histoire des Carolingiens*, 1862. Mühlbacher, *Deutsche Geschichte unter den Karolingern*, 1895. Richter y Kohl, *Annalen des fränkischen Reichs im Zeitalter der Karolinger*, Halle, 1885. Kleinclausz, *L'Empire carolingien, ses origines et ses transformations*, 1902.

(2) FUENTES.—La principal es la *Continuation, de Frédégaro* (edición Krusch, 1886), que tiene por inspiradores á Childerico, hermano de Carlos Martel, y á su hijo Nibelungo. Véanse también los últimos capítulos del *Liber historia* (edición Krusch, 1888), los *Annales Sancti Amandi, Tiliari*, y, aunque de menos valor, los *Annales laureshamenses, mosellani, mettenses* y la *Chronique de Moissac*.

OBRAS DE CONSULTA.—Warnkönig y Gerard, tomo I. Mühlbacher, *libro citado*. Breysig, *Jahrbücher des fränkischen Reiches*, 714-741, *Die Zeit Karl Martels*, 1869. Hahn, *Jahrbücher des fränkischen Reiches*, 741-752, 1863. Oelsner, *Jahrbücher des fränkischen Reiches, unter König Pippin*, 1871.

(3) Véase anteriormente, pág. 309.

expulsó á los sacerdotes, destruyó las iglesias y restauró el culto de los ídolos.

Hallábase el reino en aquel estado de desorganización cuando apareció el tercer hijo de Pipino, Carlos, nacido hacia el año 688 de una concubina, «la noble y bella Alpaída,» y al cual se le dió á mediados del siglo IX el sobrenombre de Martellus. «Era hermoso, valiente, propio para la guerra,» dice un cronista; y uno de los primeros actos de Gertrudis, á quien tal valor alarmaba, había sido encerrarlo en una cárcel.

En 715, Carlos se escapa de la prisión y junta en torno suyo á los más nobles austrasios; en marzo de 716 ataca á los frisones, que habían remontado el Rhin en barcas, mientras los neustrios avanzaban de nuevo hasta el Mosa, y es vencido por Radbod, pero á su vez derrota á los neustrios primero en Ambleve, cerca de Malmedy, y al año siguiente en Vincy, en la comarca de Cambrai (21 de marzo de 717). El rey Chilperico II, que acaba de suceder á Dagoberto III, y su mayordomo del palacio, Raganfredo, huyen hasta París perseguidos por los austrasios, y Plectrudis se ve obligada á tratar con Carlos y á entregarle sus tesoros. Carlos Martel, fiel á las tradiciones de los austrasios, se nombra un rey, Clotario IV, después de lo cual, reanudando por el lado de Germania la obra de su padre, devasta la Sajonia hasta el Weser.

En el entretanto, la Aquitania había poco á poco recobrado su autonomía (3); entre sus ciudades y las tribus de los vascones habíase establecido una especie de inteligencia, y en tiempo del duque Lupo, muerto en 764, se había organizado un vasto ducado en la cuenca del Garona. Gobernaba allí Eudes, cuyo origen sigue siendo obscuro (4), y á quien Chilperico y Raganfredo enviaron presentes, ofreciéndoles á cambio del apoyo que les prestara, reconocerle como rey de Aquitania. En 719, Eudes se reúne con los neustrios cerca de Soissons, pero Carlos corre á su encuentro y derrota á los aliados, y el duque de Aquitania huye al otro lado del Loira, llevándose consigo á Chilperico y sus tesoros. En lo sucesivo, el hijo de Pipino es dueño de la Neustria y de la Austrasia, y habiendo muerto Clotario, reconoce á Chilperico como rey; pero éste desaparece al año siguiente, y entonces los francos sacan del monasterio de Chelles á Thierry, hijo de Dagoberto III, y lo sientan en el trono.

Dando pruebas de gran energía, Carlos Martel abatió también á «los tiranos que en toda la Galia reivindicaban

(3) Véase anteriormente, pág. 304.

(4) Véase Bladé, *Eudes duc d'Aquitaine*.